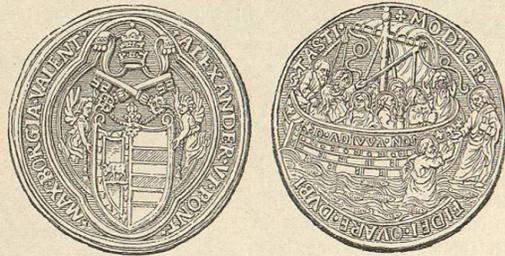


ba, guiándose en sus tratos con el turco exclusivamente por su interés político propio y frecuentemente hasta por su interés pecuniario, como sucedió en la cuestión del príncipe Dyem, hermano del sultan Bayaceto II, sucesor de Mahomed el Conquistador. Este Dyem, en su afán de destronar á su hermano mayor para ocupar su puesto ó por lo menos obligarle á partir con él el imperio turco, había concebido el arriesgado proyecto de hacer valer su pretendido derecho con el auxilio de un ejército de cruzados, y había caído en poder de la órden de San Juan. La órden, que estaba en inteligencia con su hermano el sultan, condujo al príncipe rebelde á Italia y despues al Mediodía de Francia, donde pasó largos años prisionero contra toda justicia. El papa Inocencio VIII, con el pretexto de servirse de este pretendiente en una nueva cruzada que decía preparar contra los turcos, pidió en el año 1489 que le fuese entregado el príncipe turco, y cuando le hubo en su poder le tuvo á su vez

muchó tiempo prisionero, cobrando la crecida suma anual que el sultan pagaba por tener á su hermano rebelde encerrado en el Vaticano; pero el sucesor de Inocencio, Alejandro VI, temiendo que el rey Carlos VIII de Francia, siempre ocupado en grandes proyectos, se apoderara del príncipe quitando al Papa la pingüe subvencion del sultan, hizo envenenar al infortunado príncipe. El mismo Papa, en union del señor de Milan, Ludovico Moro, excitó despues á los turcos á atacar á la república de Venecia, enemiga del Papa, que estorbaba los proyectos que Alejandro había concebido para aumentar el poderío de su familia y entonces especialmente para engrandecer á su hijo César Borgia.

Con la desaparicion de su poder universal el pontificado había cesado tambien de ser potencia espiritual y moral; y así como desde entonces había tenido muy poca influencia en el desenvolvimiento de la Iglesia, tampoco la vida interior de la Iglesia influyó gran cosa en él. La unidad que an-



Moneda de oro, pieza de cuatro cequíes, del papa Alejandro VI (tamaño del original).

En el anverso las armas de la familia del Papa sostenidas por dos ángeles y sobre ellas la triple corona con las llaves cruzadas. Inscripcion: ALEXANDER. VI. PONT. MAX. BORGIA. VALENTINUS. (de Valencia).—En el reverso está representada la aparicion de Jesucristo en el lago de Genezareth; el Salvador, caminando sobre las aguas, tiende la mano á Pedro, que se hunde en ellas. En el barco, en donde se hallan los demás apóstoles, se lee: † D(omine) ADIVVA NOS. Inscripcion circular: † MODICE. FIDELI. QVARE. DVBITASTI. (Segun Friedlaender.)

tes había distinguido al papado y había hecho que todos sus representantes, por diferentes que fuesen en carácter y cualidades, se pusiesen por igual al servicio de una misma grande idea, había desaparecido, y por lo mismo la historia del pontificado vino á ser desde entonces una historia de papas, que en cierta manera pueden formar pequeños grupos segun las afinidades de parentesco ó de inteligencia, ó segun la analogía de conducta política, la cual por lo general era guiada por intereses dinásticos y particulares. Desde la época de los concilios ocupan en la historia del papado el puesto de los antiguos y grandes fines de la Iglesia, ora el afán de restablecer el poder temporal, muy cercenado y conmovido, ora repetidas tentativas para fundar dinastías papales.

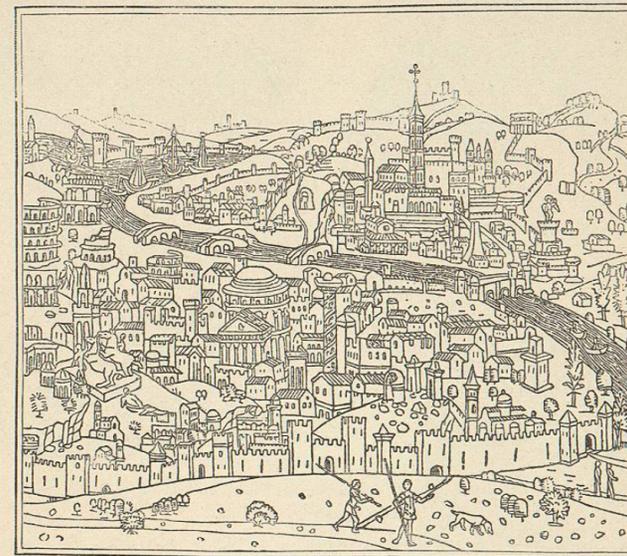
La misma Roma ofreció un fiel retrato de la profunda decadencia del papado cuando el papa Martin V, el elegido del concilio de Constanza, trasladó en setiembre de 1420 su residencia desde Aviñon á la ciudad eterna, transformada en ciudad de labradores y pastores. Los palacios que en la Roma antigua se elevaban en las colinas, se levantaban en tiempo de Martin V en las angostas y sucias calles situadas á orillas del tortuoso Tíber. En las faldas del monte Capitolino pacían cabras; entre las construcciones del Foro pastaban las vacas, y todo al rededor se extendían huertos y tierras pantanosas. Las iglesias se desmoronaban: la de San Pedro amenazaba inmediata ruina, y las provincias del Estado temporal de la Iglesia ofrecían un aspecto análogo. Lo que todavía se designaba con el nombre de patrimonio de San Pedro era una confusion de señoríos grandes y pe-

queños y mas ó menos independientes, gobernados por sus amos segun el capricho de cada uno. Estos amos, pertenecientes á familias poderosas, se habían convertido de gobernadores y comandantes papales en señores hereditarios de los distritos y plazas cuyo gobierno había sido confiado á un antepasado suyo, y no se acordaban ya de su dependencia del Papa. Los Orsini y los Colonna eran dueños de verdaderos principados, y sus territorios llegaban hasta muy adentro de la Campania; en los montes Albanos dominaban los Savelli; en Rimini los Malatesta; en Rávena y Ancona los Polenta; en Bolonia los Bentivoglio, etc., etc. Estos potentados, codiciosos de ensanchar sus dominios, y para vengar agravios ó por otros motivos, convertían á todo el país y aun á toda la Italia en teatro de innumerables guerras pequeñas, valiéndose de bandas de aventureros y forajidos que servían hoy á uno y mañana á otro, y cuyos jefes adquirieron á veces grandísima influencia en el país, cuyo porvenir estaba así en manos de desalmados. En medio de esta confusion llegó á Roma el papa Martin V, atento solo á hacer medrar su familia, en especial á sus sobrinos los Colonna, á quienes favoreció tanto que excitó contra sí á todo el mundo. Su sucesor, Eugenio IV, fué elegido por los cardenales mediante una capitulacion que le hacía instrumento del sacro colegio. Quisieron arrebatarse por medio del Papa á los Colonna los dominios adquiridos ilegalmente, y con esto suscitaron una rebelion desesperada de esta familia, que obligó al papa Eugenio á huir de Roma para no ser sacrificado al odio de los Colonna enfurecidos. Esta huida de Roma com-

prometió la situacion del Papa en frente del concilio de Basilea, y Eugenio tuvo que hacer concesiones que en otras circunstancias el concilio jamás habría recabado de él. Los Colonna encendieron una feroz guerra civil, que habría hecho perder á la Santa Sede todo su dominio temporal á no haber sido por el legado de Eugenio IV, Juan Vitelleschi, obispo de Recanati, cardenal y arzobispo de Alejandría, que á la cabeza de la soldadesca papal sofocó la rebelion sin misericordia para nadie. El mismo Vitelleschi infundió luego sospechas de conspirar contra el Papa para ocupar su puesto y fué asesinado en el año 1440, segun se dice por órden del Papa mismo. Ni la vuelta de Eugenio IV á Roma despues de muchos años de ausencia, ni la muerte de su legado pusieron fin á estas guerras intestinas y parciales entre pequeños y grandes potentados por medio de las cuadri-

llas de *condottieri* ó soldadesca mercenaria, y cuando este Papa murió, en el mes de febrero de 1447, continuó la Italia en el mismo estado.

Con la eleccion unánime del nuevo papa Nicolás V, cuyo carácter nobilísimo, cuyos estudios y privilegiada inteligencia eran admirados por todo el mundo, pareció abrirse una nueva y mejor era para el papado. Tomás Parentucelli, que bajo el nombre de Nicolás V gobernó la Iglesia desde el año 1447 hasta 1457, había empezado su carrera como estudiante pobre en Bolonia; luego le nombró secretario suyo el amigo y confidente de Eugenio IV, el obispo Albergato de Bolonia, carácter nobilísimo y hombre de Estado distinguido; Parentucelli le sucedió en la misma sede episcopal, y sucesivamente fué ascendido á cardenal y elegido finalmente Papa. Con él entró en Roma el humanismo, nueva



Vista de la ciudad de Roma.

Facsimile de un grabado del *Supplementum Chronicarum*, de 1490.

potencia intelectual que empezó entonces á someter al mundo y á la cual Nicolás V hizo aliada del papado poniéndose á su cabeza. Con su auxilio cobró el pontificado nueva importancia y gloria, ya que había perdido la que antes le había dado la Iglesia. En adelante Roma, bajo la proteccion del papado, fué el centro del arte, de las ciencias y, en fin, del renacimiento intelectual del Occidente. Nicolás V compró y reunió copias manuscritas de las obras de los autores antiguos griegos y latinos, olvidadas durante largos siglos de barbarie, y con estos tesoros literarios fundó la que llegó á ser la biblioteca del Vaticano. Este Papa, de costumbres sencillas, cifraba todos sus recreos y esparcimientos en la sociedad de varones instruidos, y si bien ningun objeto relacionado con la Iglesia le guiaba en estas ocupaciones recreativas, el humanismo fué asaz poderoso para ejercer desde entonces una influencia capital sobre la misma Iglesia y el clero, porque rotas las ligaduras con que el escolasticismo tenía atadas las inteligencias, la teología y la filosofía recobraron su libertad. Simultáneamente nació el deseo de renovar á Roma materialmente y en grande escala; se concluyeron las obras del Vaticano con desusada magnificencia;

la basilica de San Pedro fué restaurada; y otras iglesias nuevas y varias plazas imponentes, creaciones de Nicolás V, volvieron á dar brillo al centro del mundo cristiano, porque Nicolás V á pesar de su vida modesta y de sus hábitos económicos, era liberal para con los artistas y sabios.

El entusiasmo por la antigüedad y sus obras tuvo tambien sus inconvenientes, porque condujo á genios turbulentos á querer restablecer, como en otro tiempo Nicolás de Rienzi, la libertad republicana de la época antigua. Estéban Porcaro fué uno de ellos, el cual quiso fundar una nueva república romana y dirigirla como tribuno del pueblo, á cuyo fin en 1453 se apoderó con sus compañeros del Papa y de los cardenales. El atrevido republicano pagó su atentado en la horca, pero este suceso parece que enfrió notablemente el entusiasmo en cierta manera liberal de Nicolás V, el cual desde entonces se hizo desconfiado y receloso. Fué terrible golpe para él la caída de Constantinopla, y muchos creen que el dolor y la pena que esta catástrofe y la imposibilidad de remediarla le causaron, acortaron su vida. En resumen: Nicolás V fué uno de los papas mejores de aquellos tiempos tenebrosos, y con razon pudo glorificarse en la hora de su